gentinos rayos de la luna á bañar nuestra flotante habitacion.

Bajo nuestros piés se desarrollan desconocidas campiñas, vagamente esfumadas. Huye la Francia y bogamos ya sobre territorio belga. Voy anotando cuidadosamente la marcha de los instrumentos y nuestra línea aerostática. Nuestra altura es á media noche de 1.000 metros, pero pronto aumentará. Miéntras escribo estas diversas indicaciones, viene á turbar el profundo silencio el ruido de una cascada. Nos inclinamos sobre el borde de la barquilla, para examinar atentamente el terreno, y notamos que despues de haber cruzado un riachuelo, atravesamos un rio de más importancia, que no puede ser otro que el Meuse. En efecto, este rio viene del Sudoeste, acusa numerosas sinuosidades, y seguimos su curso durante algun tiempo.

¡Seas bien venido, hermoso rio! He nacido cerca de tus márgenes, sobre la vieja montaña que domina la fecunda llanura en que naces.

Jugando en otro tiempo cerca de ti, no me podia imaginar que llegaria un dia en que te atravesaria suspendido de este ligero globo. Tus apacibles aguas corren hácia el Rhin y el mar del Norte, donde sucesivamente caen para ser tragadas para siempre. Así se va nuestra existencia hácia las regiones del frio y del misterio, para desvanecerse un dia en el desconocido océano hácia el cual bajamos todos.....

—¡Qué hermoso es esto, amigo mio! No esteis así ensimismado y soñoliento. ¿Veis allá abajo, á seis ó siete leguas de aquí, las luces de Namur? Mirad; algo más distante está Huy y más lejos aún Lieja. ¡Hénos ya de lleno en Bélgica, y áun es posible que cortemos un pico de Holanda, ántes de entrar en Prusia.

Estas interjecciones de mi piloto eran eminentemente propias para dispersar los ensueños y sustituirlos con la realidad. A la izquierda de nuestro aéreo camino se distinguia como un largo valle, y las poblaciones escalonadas sobre aque-

lla sombría línea acusaban evidentemente el curso de un rio, y constituian una nueva prueba de la identidad del Meuse, que despues de haber recibido el Sambre en Namur, hace un ángulo recto para dirigirse hácia el Nordeste.

Esta region de *Sambre-y-Meuse* nos recordó la Compañía de aeronáutas militares, que estuvo agregada á los ejércitos de la República francesa, desde el año II al X. Allí está Maubeuge, y al otro lado Fleurus, adonde llegó Coutelle y preparó la victoria. Estos aeronáutas militares fueron licenciados despues de la campaña de Egipto, á pesar de los grandes servicios que habian prestado á la causa de la República. ¿Tenía el Emperador algunos motivos para olvidarlos? Recordamos, en efecto, que el dia de la coronacion de Napoleon, el globo que llevaba la corona imperial, formada por tres mil vasos de colores, partió de París el 16 de Diciembre de 1804 á las once de la noche, y llegó directamente á Roma al dia siguiente por la mañana (estando el Papa

prisionero en Francia), para anunciar á los romanos la consagracion del Emperador. Esta montgolfiera, preparada por Garnerin, llevaba la inscripcion siguiente escrita en letras de oro sobre su ecuador:

XXV FRIMARIO, AÑO XIII.
CORONACION DEL EMPERADOR NAPOLEON I
POR SU SANTIDAD PÍO VII.

Lo más curioso del viaje es que el globo cayó precisamente en la campiña de Roma, y fué á destrozar su corona imperial contra la pretendida tumba de Neron. Quizás Napoleon, que creia en el destino, conservó algun rencor á los globos aerostáticos.

Seguimos deslizándonos á través de la negra y profunda noche. Las iluminadas poblaciones de la Bélgica y las flameantes humaredas de sus altos hornos, ofrecen al navegante aéreo el espectáculo más singular. Al mismo tiempo que el sordo ruido del Meuse, se oyen lejanos silbi-

dos y se distinguen llamas y humaredas misteriosas en el fondo del negro espacio.

Green y Monk Mason, que efectuaron el 6 de Noviembre de 1836 un largo viaje nocturno desde Lóndres hasta Alemania, y que pasaron por aquí mismo, sobre Lieja y los altos hornos, cuentan que las claridades de abajo se extinguieron despues de media noche, que el cielo estaba sin luna, pero brillantemente estrellado, y que, sin embargo, la noche era absoluta á su alrededor.

«Un abismo negro y profundo, dicen, nos rodeaba por todas partes; y como tratáramos de penetrar con la vista en aquella misteriosa sima, nos era difícil rechazar la idea de que nos franqueábamos un paso á través de una inmensa masa de mármol negro que nos envolvia por todas partes y que, sólida á algunas pulgadas de nosotros, parecia ablandarse cuando nos aproximábamos á ella, á fin de dejarnos penetrar más adelante en sus frios y oscuros costados.»

Confieso que en ninguno de mis viajes nocturnos, á pesar de que uno de ellos lo he efectuado sin luna y con el cielo cubierto he experimentado jamás nada análogo á esa sensacion de la vista. Más íntimamente me asocio á las impresiones de la travesía, relatadas por el viajero inglés. «Encontrarse transportado á las tinieblas, dice, en medio de las inmensas soledades del aire, desconocido y desapercibido, en secreto y en silencio, atravesando reinos, explorando territorios, distinguiendo poblaciones que se sucedian con una rapidez que no permitia examinarlas en detalle: esta situacion es suficiente para hacer sublimes, escenas que por sí mismas no tienen el menor interes. Si se añade á esto la incertidumbre que comenzó á reinar en nuestro viaje, incertidumbre que lo cubria todo con el velo del misterio y nos colocaba en una situacion embarazosa, peor que la ignorancia misma, podrá formarse una idea de nuestra singular situacion.» Añádase á este efecto, el del silencio y

el frio, y el sentimiento de esta suspension solitaria á cinco ó seis mil piés sobre la tierra, y se comprenderá la vaga preocupacion de semejante viaje.

En un período de profundo silencio y de oscuridad relativa, oimos encima de nosotros un ruido sorprendente, como si la seda del globo se hubiera reventado y el gas produjera al marcharse el sordo ruido de un escape..... La causa de este susto era inofensiva. La red azotaba la cubierta por la accion de la humedad, y tres globos pequeños que llevábamos, para añadir su gas al del grande, si era necesario, despues de una primera bajada, se paseaban rodando bajo el ecuador del aerostato. Su rozamiento producia un zumbido ligero, que parecia más intenso á causa del profundo silencio que reinaba.

Despues de las doce de la noche huye el tiempo con gran rapidez. A la una y media es ya luminosa la aurora hácia el Norte, áun cuando el espacio continúe velado por las nieblas. Arrojamos algunos kilogramos de lastre, y nos elevamos lentamente á 1.200, 1.300, 1.400 y 1.500 metros. Dejamos sucesivamente á nuestra izquierda las tres poblaciones iluminadas. A las dos y cincuenta minutos pasa Lieja con sus altos hornos.

Cuando flotamos encima de las nubes, brilla la luna con un resplandor extraordinario y domina este mágico espectáculo. No tiene más que una pálida rival: Venus, que centellea en la aurora.

Por encima de ésta se desarrolla un cuadro verdaderamente encantador. Nubes de diversos tonos, reunidas en aquellas regiones superiores, dibujan un paisaje extraño, y desarrollan ante nuestra maravillada vista una sucesion de valles, colinas y llanuras pintorescamente suspendidas. Este paisaje jaspeado se parece á los que la naturaleza ha dibujado en algunas ágatas. Algunas veces se distingue sobre las altas y grises mesetas, una ciudad con sus torres y sus

murallas, y por encima de este panorama un cielo que le corona; parece que se ve desde lo alto de una montaña de los Alpes una region cultivada, y más lejos una ciudad antigua que surge en el horizonte á través de las brumas del aire. Espejismos ó fantasmas aéreos: ¡qué cuadros!

Aun cuando el cielo continúa cubierto por un ligero velo, distinguimos las campiñas tan claramente como en pleno dia, ántes de las tres de la mañana. Seguimos los linderos de inmensos bosques, que se suceden á nuestra derecha, miéntras por nuestra izquierda se extienden llanuras cultivadas. Estas llanuras (¿lo son efectivamente?) tienen un aspecto muy diferente de las tierras francesas. En vez de rectángulos regulares siguiendo líneas paralelas y trazando en la campiña un tablero de damas longitudinal, se presentan como polígonos de todas formas, de todos tamaños é irregularmente, como los departamentos pintados de diversos colores que

se ven en los pequeños mapas de Francia. Además, cada una de aquellas propiedades irregulares está rodeada de un seto. Parece que nos hallamos en Irlanda.

Hace ya mucho rato que distinguimos el Rhin, á pesar de que distamos aún de él más de 100 kilómetros. Dejamos Spa á nuestra derecha.

La última ciudad de Bélgica que hemos atravesado es Verviers. Entramos en la Prusia rhenana por Eupen á las tres y cuarenta minutos, y franqueamos una *nueva frontera*; la de Alemania.

Hácia las tres y quince minutos, bogando á 1.800 metros de altura, marcando el higrómetro 93° y el termómetro libre 5°, presenciamos la *formacion de las nubes*, que nacen encima y debajo de nosotros. La campiña, que desde la salida de la aurora habia extendido ante nuestra vista sus variados tonos y sus diversos matices, segun el cultivo del terreno, se oculta progresivamente detras del velo que van formando los

aglomerados copos de nubes. Apénas tenemos tiempo para admirar á nuestro placer la extensa y variada llanura, los caminos, las aldeas, los bosques y los sembrados, cuando surgen por todas partes blanquecinos nubarrones. Diáfanos en un principio, se hacen repentinamente opacos y nos ocultan completamente la vista de las regiones inferiores.

Estas nubes nacen y se desvanecen con asombrosa rapidez, preguntándonos nosotros cuál es la varita mágica que les ordena surgir invisiblemente del fondo de los campos. En vista del resultado de las observaciones higrométricas hechas esta madrugada, me inclino á creer que existen *rios de aire* más frios, que resuelven en vapor visible las capas atmosféricas húmedas que los atraviesan. Al menor soplo de aire un poco más tibio, las vesículas de agua vuelven á ser invisibles.

Existe además atraccion entre las nubecillas pequeñas. Apénas se han formado algunas de

ellas en puntos separados, se van acercando hasta reunirse. Hemos caminado durante dos horas por encima de estas nubes, que ocupaban una zona de 1.000 á 1.800 metros de elevacion, y que, por consecuencia, podian medir en determinados puntos cerca de 800 metros de profundidad. Nuestro aéreo barco parece bogar á veces por la superficie misma de este océano, y la residencia de la humanidad se eclipsa juguetonamente para nuestras miradas y nuestro pensamiento.

¿Qué dorados fuegos son esos que se encienden á Oriente, como si se incendiara el hemisferio de nuestros antípodas?... Es que se anuncia la salida del sol, y vamos á tener el raro privilegio de contemplarlo en toda su grandeza desde lo alto de nuestro esquife, que flota en estos momentos á 2.000 metros sobre el valle del Rhin. Nuestro cronómetro de París no señala más que las tres y media, y el *Anuario de la Oficina de longitudes* anuncia la salida del sol para

las cuatro y catorce minutos. Pero á las tres y cuarenta y cuatro minutos nos hallamos en Aix-la-Chapelle, ó sea, quince minutos al Este del meridiano de París, y á 2.000 metros de altura. Desde aquí distinguimos, á nuestra derecha, el ducado de Luxemburgo hasta más allá de Tréveris, y á nuestra izquierda la Holanda, hasta el mar del Norte.

El mortal que haya tenido una sola vez el privilegio de contemplar la triunfante llegada del dios del dia al mundo aéreo, y de asistir desde las alturas del cielo á la gloriosa manifestacion de su esplendor, no podrá olvidar jamás tal espectáculo y conservará hasta el sueño final su indeleble imágen. Hay sobre la tierra impresiones que dan tan alta idea de la naturaleza y que nos la revelan bajo un aspecto tan imponente, que el alma, profundamente conmovida, guarda eternamente su imperecedero recuerdo.

La suave y blanca claridad de la aurora se habia ido acentuando lenta é insensiblemente, y

semejando un delicado océano de luz, inundaba la atmósfera. Como la melodía de una orquesta lejana parece primero un eco imperceptible y progresivamente aumenta, ensanchando el embriagador murmullo, así la luz era para la vista lo que la música es para el oido. La silenciosa tierra esperaba en el recogimiento, despertada de su sueño reparador, como abrumada bajo el prestigio de la belleza celeste.

El Rhin desarrolla á lo léjos sus anillos de plata como una serpiente extendida sobre la verde Alemania, sumiendo allá abajo, en el mar del Norte, su aplastada cabeza. ¡La naturaleza se calla, y si las avecillas cantan, es solamente un tímido preludio del himno del dia! De improviso surge del Oriente un extenso centelleo dorado, como un flúido abanico que fuera á acariciar con sus cambiantes colores las nubes más elevadas de la atmósfera, y sus ligeros contornos se encienden con los matices de la rosa y del oro.

... La orquesta va en aumento, y ya se distín-

guen los celestes trinos entre las flotantes gasas de la armonía. ¡Repentinamente, y en el momento en que el alma arrobada se siente arrebatada hácia sus más levantados ensueños por el magnetismo del divino cántico, el órgano universal, con todos sus registros abiertos, entona de lleno el brillante concierto de la vida! Los solemnes acordes del mundo superior extienden por el espacio el sublime poema de la melodía sagrada! ¡El dios de la luz acaba de aparecer, y su inmenso disco brilla entre los velos de púrpura que el Oriente ha dilatado para recibirle!

A medida que el sol salia lentamente del hemisferio inferior, se elevaba tambien nuestro aerostato en el espacio, llegando á 2.300 metros de altura en el momento en que el radiante astro, libre de las capas de nubes inferiores, brilló en la despejada atmósfera.

A las tres y cincuenta y cuatro minutos nos pareció que el sol salia por segunda vez. Oculto por largas filas de nubes, hubiera podido creerse

que no habia llegado aún sobre nuestro hemisferio, cuando le vimos de nuevo en el horizonte, no ya rojo escarlata como ántes, sino de un blanco plateado; era que el Rhin nos reflejaba su deslumbradora imágen.

Antes de llegar á Aix-la-Chapelle, distinguíamos ya á la simple vista la ciudad de Colonia, ó más bien, su catedral, basílica gigante cuya negra masa se proyectaba sobre la argentada cinta del gran rio. A las cuatro y veintiseis minutos pasamos perpendicularmente por encima de la estacion de Düren (línea de Aix-la-Chapelle á Colonia.)

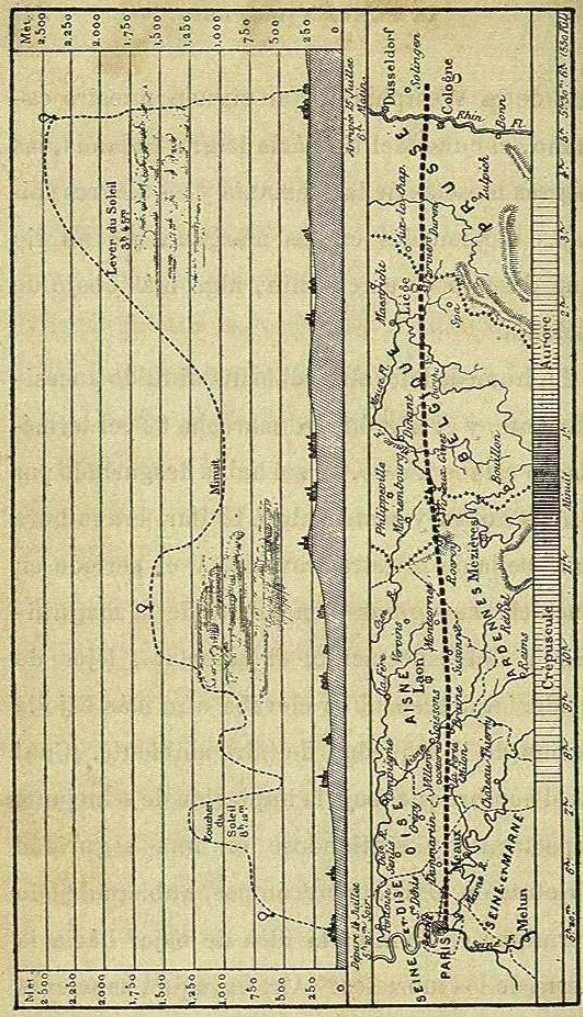
Nos hallábamos á 2.400 metros de elevacion y pasábamos sobre una llanura de nubes, cuando los sonidos del *Angelus* hirieron nuestros oidos. Era el primer ruido de la tierra que llegaba hasta nosotros desde la armoniosa música de baile que habíamos oido despues de la lluvia de la víspera.

El sonido de las campanas tiene cierta suavi-

dad, oido desde el cielo; pero no nos fué posible gozar de su encanto, porque el ruido del cañon vino á sucederle casi inmediatamente, y durante mucho tiempo, de minuto en minuto, estuvo resonando en las nubes y extendiéndose por las llanuras del aire la voz de este gracioso aparato de la civilizacion y del progreso. Segun nos dijeron, «era la artillería de Muhlheim, que se ejercitaba para la próxima guerra»... No sospechábamos entónces qué guerra debia ser ésta.

La antigua ciudad de Colonia, en la que nacieron dos personajes tan diferentes como una salva de artillería y el toque del *Angelus* (la emperatriz Agripina y San Bruno), se presenta á nuestra vista como un semicírculo regular soldado á la márgen izquierda del Rhin, como un caracol adherido á una delgada rama de árbol. Navegamos apacible y majestuosamente á 1.800 metros de altura, admirando en toda su grandeza la rica campiña del Rhin, las siete montañas que dominan el pintoresco valle, las cañadas de la Westphalia, que siguen nuestro camino, el curso del rio hácia la gris Holanda, las negras mesetas de la Alemania y los alegres paisajes escalonados en las márgenes de un rio que desemboca en el Rhin, algo más abajo de Colonia.

La humedad del aire habia disminuido sucesivamente, y el higrómetro marcaba 62°; el termómetro estaba á cero. El sol habia desgarrado por fin las nubes y comenzaba á brillar; era la hora más bella de nuestra travesía, y el período en que debíamos gozar plenamente de la magnificencia del espectáculo; el aerostato, léjos de tender al descenso, se elevaba aún más bajo la accion de la sequedad del aire ambiente. ¿Cuál es el hombre que, bajo la impresion de semejante espectáculo y sintiéndose en una seguridad absoluta en los azulados campos, hubiera dejado germinar en su alma la idea de bajar hácia la tierra de los mortales? ¡Ah! en aquel momento habia un hombre que tenía la nostalgía de la



E. Hélle, Sc.

OCTAVO VIAJE AÉREO. — De París á Prusia, por Rocroy, Liela, Aix-la-Chapelle y Colonia.

tierra y que miraba con ardiente deseo las verdes llanuras de la Prusia, y aquel hombre era precisamente Eugenio Godard.

Viéndole preparar la cuerda de la válvula, le amenacé con toda la severidad de que soy capáz, con denunciarle á todos mis lectores. Fuí cediendo hasta pedirle únicamente que nos dejáramos llevar por el viento hasta Berlin; le hice presente cuan lisonjero sería para su celebridad de aeronáuta dar casi la vuelta al mundo en globo; le expliqué que no estaba terminada mi serie de observaciones meteorológicas, que el aerostato era excelente, que no habia ningun peligro, etc...

Todo fué inútil: mi compañero me aseguró que un viaje de 610 kilómetros (por los caminos ordinarios) era ya bastante hermoso, añadiendo que no teníamos ya lastre para nuestro globo y nada para almorzar, y terminó su discurso repitiéndome que el viento se levanta siempre por la madrugada y que como con nuestros débiles recursos no podíamos viajar durante todo el dia, nos

veríamos forzados á bajar ántes de medio dia sin lastre para hacer frente á una caida imprevista y bajo la accion del intenso viento de las llanuras. Me costó un ímprobo trabajo el conseguir que tuviera paciencia hasta llegar al Rhin, pero apénas llegamos sobre la vertical del gran rio, se apresuró á tirar de la cuerda de la válvula miéntras estaba yo distraido admirando con emocion el más espléndido de los panoramas.

Los tres globitos sujetos al aro nos hicieron descender en espiral: la tierra giraba alrededor de nosotros y parecia que éramos precipitados en cicloide en las profundidades del aire. El sol vino á iluminarnos cuando estábamos á 890 metros. Los paisajes inferiores revistieron formas bien definidas, y las montañas fueron elevando sus crestas hácia el cielo á medida que nos aproximábamos á la superficie de la tierra. Como descendíamos sobre el territorio de Alemania, no pensamos en izar el pabellon francés en nuestros cordajes. Cuando llegamos bastante cerca para

distinguir los hombres, vimos una multitud de aldeanos, con extraños trajes y enormes pipas en los labios, corriendo á nuestro encuentro á través de los campos.

Apénas hubo rozado suavemente la barquilla la yerba de las praderas nos hallamos rodeados de robustos brazos para detenerla, costándonos inmenso trabajo el impedir que nuestros auxiliares fumaran. Los gritos que lanzaban cien gargantas alemanas nos atolondraban, miéntras nuestros ojos recorrian aquellas cabezas germánicas y se detenian ante la expresion espontánea de las rubias muchachas, de piernas desnudas, que se aproximaban movidas por la curiosidad.

Nos hallábamos en el territorio de Solingen, departamento de Dusseldorf, á 4° 45′ al Este del meridiano de París y á 51° 6′ de latitud boreal, habiendo recorrido á vuelo de pájaro 550 kilómetros en doce horas y media.

Miéntras efectuábamos nuestro descenso, habia obtenido de mi piloto que dejara el globo

hinchado hasta la tarde, á fin de poder continuar nuestro viaje despues de almorzar. Nos llevaron por lo tanto cautivos hasta un sitio favorable para recibirnos, y mi primer cuidado fué resguardar los instrumentos, hacer cargar de piedras la barquilla y reemplazar el gas perdido con el que contenian los tres globos pequeños; nuestra intencion era enviar á Francia los bagajes inútiles.

El sitio de la bajada se transformó rápidamente en plaza de fiesta popular, organizándose en el acto juegos y cantinas; pero un importuno y absurdo aguacero vino á medio dia á terminar la fiesta y deshinchar el globo. Con éste plegado nos dirigimos hácia la ciudad de Colonia, en la que entramos á las tres de la tarde escoltados por un ejército de curiosos y precedidos de un jinete que llevaba la bandera tricolor.

Aquí termina la primera serie de los viajes científicos en globo, que habia emprendido con tanto entusiasmo y que me habia conducido á

esta última y brillante travesía aérea. Los absorbentes estudios de la astronomía práctica se han opuesto siempre á la organizacion de una nueva serie de muchos viajes consecutivos, y en las ascensiones cuyo relato me resta por hacer, la prudencia exagerada y áun algo vulgar de los aeronáutas de profesion me ha impedido constantemente realizar el más bello, pero sin duda el más temerario de mis deseos; vivir dos dias y dos noches fuera del mundo terrestre, en la soledad misteriosa y sublime de esas aéreas llanuras, donde todo es grande, todo es bello y todo es puro.